

El psicoanálisis y la pregunta por la técnica

Sebastián León Pinto *

Resumen

El presente artículo discute la relación entre el psicoanálisis y la pregunta por la técnica, tanto en el lugar específico de la psicoterapia como en el horizonte general de la modernidad. A partir de Heidegger, y desde la premisa de un olvido acerca de la pregunta por la técnica en el mundo actual, el texto postula la necesidad de reconsiderar su meditación, en función de evitar una imposición anuladora de lo técnico por sobre la singularidad y la subjetividad, bajo rúbricas como "recurso humano", "capital humano" o "mano de obra". Asimismo, el artículo plantea que el trabajo psicoterapéutico está en permanente riesgo de ser absorbido por la lógica de un pensamiento calculante, sostenido en los principios de la eficiencia, la estandarización y la evaluación. Parece indispensable, entonces, la recuperación del sentido originario de la atención parejamente flotante descrita por Freud, como disposición a la suspensión del juicio, a una posición de pregunta y a una escucha desocultante, mucho más cercanas a la creatividad artesanal que a la comprensión industrial e instrumental de la técnica.

* Psicólogo, Pontificia Universidad Católica; psicoanalista ICHPA. Doctorando en Psicología, Universidad de Chile. Académico de Escuelas de Psicología y Educación, UCINF.

INTRODUCCIÓN

Lo que sigue es un esfuerzo por meditar acerca de la técnica psicoanalítica bajo la consideración de algunos planteamientos más generales a propósito de la técnica moderna¹. No estará de más explicitar que lo que pretendemos no es tanto conservar el sentido conceptual estricto que le es intrínseco al discurso filosófico, sino construir un diálogo desde el cual dibujar nuevas formas de pensar preguntas y problemas recurrentes en aquel oficio en lo invisible (Coloma, 1999) que es la práctica del psicoanálisis.

LA MENTALIDAD TECNOLÓGICA MODERNA

¿Qué interés ofrece para el psicoanálisis la pregunta por la técnica? Diremos, en principio, que “la pregunta por la técnica ha sido expulsada, y ahora podemos encontrar por todos lados que ha retornado de la peor manera, a saber, bajo la forma de oferta de todo eso que significa tecnificación, tecnología, es decir, aquello que Heidegger llamará las ‘técnicas modernas’ y a las que Lacan atribuyera la ambición de forcluir al sujeto como lugar o punto de manifestación del inconsciente” (Díaz Romero, 1999: 1). Así, interrogar

los fundamentos de la técnica al interior del psicoanálisis se vuelve necesario para cautelar la reducción de lo humano a “stocks, reservas, fondos, ‘existencias’ en el sentido comercial de la palabra” (Acevedo, 1999: 15). En efecto, la técnica, desprovista de una meditación acerca de su sentido, corre el riesgo de devenir mera “imposición”, donde “todo va transformándose en algo que debe encuadrarse dentro de una planificación general en vista de su futura explotación y correspondiente consumo” (Acevedo, 1999).

Es claro que el problema de la técnica como imposición excede por mucho los límites del campo psicoanalítico y encuentra sus bases en lo que podemos denominar la mentalidad tecnológica moderna y su comprensión de los hombres como recursos humanos: “la ‘mentalidad’ tecnológica predominante en nuestra época concibe y trata a los mismos hombres como simple mano de obra o cerebro de obra, es decir, como recursos humanos o material humano” (Acevedo 15-16). Esta reducción del ser humano a material humano va más allá de la autoconciencia individual, asumiendo la forma de un mandato inconsciente de carácter cultural o incluso destinal.

La mentalidad tecnológica moderna impone una lógica de la eficacia. Así, una práctica como la psicoanalítica se ve empujada a situar su quehacer en términos de considerar como valor supremo la evaluación y estandarización de sus movimientos. Este énfasis trae aparejado el sutil deslizamiento del psicoanalista hacia la figura de un animal de trabajo, que "vale en la medida de su rendimiento dentro del dispositivo tecnológico en que está inserto" (Acevedo 16). Un derivado de esto es la conceptualización del proceso psicoanalítico como un procedimiento orientado a alcanzar determinadas metas, prefijadas e impuestas en desconsideración de la singularidad del caso a caso.

PSICOANÁLISIS, INDUSTRIA Y ARTESANÍA

¿Qué sucede cuando el psicoanálisis termina por responder a un modo de pensamiento técnico-calculante? En tal caso, obtenemos una práctica que "sólo busca aumentar la productividad, descuidando meditar sobre el sentido más profundo del acontecer personal e histórico"; una labor que promueve la "marginación de los modos de pensar que no se inscriben

dentro del rígido marco del pensamiento calculante o técnico" (Acevedo 16-17).

Diremos, desde aquí, que la escucha psicoanalítica que nos interesa se acerca mucho más a un modo de pensar meditativo: modo de pensamiento que discurre tras el sentido de todo acontecer y que tiene por misión evitar su velamiento, sin dejar de hacerse cargo de un sin sentido acaso más radical. Pensar que no mide, que no calcula técnicamente, que no verifica; modo de pensar que ha sido permanentemente excluido y hostilizado por el pensamiento técnico-calculante.

Ahora bien, en estos tiempos, el psicoanálisis suele verse enfrentado a una ideología del desarrollo, que se traduce en propuestas de "modernización" de su práctica. Un claro ejemplo de esto es la imposición de la prisa, en tanto tiempo de la mentalidad tecnológica moderna, ajeno a la precaución y a la prudencia.

¿Cómo preparar una morada para el ser humano en la palabra, una acogida perdurable y genuina bajo el imperativo de la prisa? En su precipitación, la prisa olvida la pregunta por el sentido de la técnica, o más bien, confunde la

interpretación verdadera de la técnica con su determinación correcta.

Mientras que lo verdadero es propio del ser, lo correcto es pertinente a los entes; del mismo modo, como la verdad es una experiencia singular, lo correcto aparece según aquello que está en conformidad con una regla, aquello que apela a una norma general y a una medida constatable. Para el psicoanálisis, no será lo mismo una práctica articulada en función de la verdad del ser que una técnica dispuesta en regularidad con el logro de una conducta correcta.

La interpretación verdadera de la técnica está vinculada con la escucha del lenguaje, en tanto morada del ser. El habla, en sus señas, indica el camino hacia la palabra verdadera. A este respecto, cabe recordar que la propia palabra "etimología" (étymos: verdad; lógos: palabra) hace referencia a una "palabra verdadera" (Corominas, 1998). Esta distinción nos pone en condición de atender la diversidad de señas presentes en las raíces etimológicas de las palabras que nos interesan.

¿Qué señas nos entrega la 'técnica' en tanto *techné*? La técnica puede adop-

tar la figura del arte, pero también las de la industria, la habilidad y el expediente (Corominas, 1998). Así como la técnica en cuanto arte o artesanía se acerca al pensamiento meditativo, las últimas tres modalidades de lo técnico (industria, habilidad y expediente) se aproximan al pensamiento calculante.

Detengámonos por más tiempo en las indicaciones que la etimología nos provee respecto del sentido verdadero (y no meramente "correcto") de las palabras. ¿Qué encontramos en voces tan medulares para nuestra reflexión tales como "modernidad", "pensar", "calcular", "desarrollo" o "recurso", por citar sólo algunas?

Hablar de "modernidad" nos indica el énfasis en lo actual, momentáneo, fugaz y perecedero; aquello que en un instante puede ser de un "modo" y al abrir y cerrar de ojos puede tomar una figura distinta. Este sentido de la modernidad como actualidad contrasta con las señas del pensar en tanto *pendere*: pesar con cuidado el pro y el contra de algo, que requiere de un tiempo distinto de aquel pregonado por la prisa moderna. Este pesar pensante se distingue también tanto del "calcular" (entendido como contar,

computar, fichar) como del "desarrollar" (poner en marcha, traer a ruedo, apresurar). Estos dos últimos se emparentan con la lógica del "recurso" (volver a correr) y con la razón como "instrumento" (amontonamiento).

Dados estos elementos, nos inclinamos a situar al psicoanálisis más del lado del pensar artesanal que del lado de la prisa industrial, más vinculado con la escucha de la verdad en la palabra que con la persecución de un desarrollo prematuro a través del recurso del cálculo. Lejos de los apremios, pero también de las tardanzas, lo psicoanalítico parece jugarse en la espera del tiempo propio del escuchar, en la pregunta que permite hacer espacio para atender la esencia del habla. Esto implica no apresurar la salida de los velos defensivos, sino por el contrario: saber esperar y respetar el tiempo propio del genuino desocultamiento.

Si volvemos atrás, nos daremos cuenta de que hacemos hincapié en evitar la reducción de la práctica del psicoanálisis a una simple y mecánica determinación correcta de presuntos instrumentos técnicos. El sentido del psicoanálisis excede la entidad de la técnica, va más allá de la concepción

instrumental y antropológica que comprende la técnica como medio elaborado por el hombre y manejado a su antojo en función de un determinado hacer. Una interpretación verdadera de la técnica psicoanalítica reconoce su esencia en el desocultamiento de la verdad histórica, en el desenmascaramiento de los destinos que condicionan decisivamente al hombre en su "dimensión histórica más radical" (Acevedo 64).

Si la técnica que nos interesa para el psicoanálisis no es aquella del instrumento, retomemos aquella que emerge como modo de la verdad (*alétheia*): desvelamiento, desocultamiento, desenmascaramiento; caída de velos, de ocultamientos y de máscaras; distinta de cualquier "adecuación" o identidad entre cosa y pensamiento, ajena al imperativo de lo "co-recto" o de determinada "rectitud". La verdad no se posee, sino que se habita. Y una persona llega donde un psicoanalista cuando lo que busca es poder habitar su propia verdad, en lugar de estar poseído por ella.

Es en este contexto donde podemos retornar a la técnica moderna, pero ahora, más que como mero instrumento, como un modo de habitar

el mundo del hombre actual, modo que se caracteriza por la provocación. Esto implica reconocer que el hombre actual habita técnicamente el mundo, que está en la verdad técnicamente. Y ya sabemos que la técnica moderna produce "recursos humanos" explotables.

¿De qué hablamos, entonces, cuando hablamos de "provocación"? Sus señas nos remiten a las figuras de la voz y del llamado (Corominas, 1998): llamar para que algo salga afuera, apresurar la salida del velo, en lugar de esperar su desocultamiento espontáneo. Sin duda, un rasgo propio de la técnica moderna, que nos acerca a la lógica de la explotación y la exigencia, la acumulación y la industrialización. En este escenario, el ser humano suele ser reducido a lo constante: elemento sustituible y desechable; objeto de consumo, recurso útil, reserva comercial; stock, surtido, capital a calcular, consumir, utilizar, comercializar, proveer, abastecer, agotar, asesorar, examinar o apoderar. Desaparición de la historia: todo debe ser "actual", "moderno", "a la moda". El espacio virtual, el tiempo actual, los objetos desechables, los sujetos útiles. El ser humano como "mano de obra", como "cerebro de obra", como "material

humano". Así suele llegar una persona al encuentro con un psicoanalista.

Pero el psicoanálisis se resiste a la provocación: opera como un rescate de la singularidad, de lo irremplazable, de lo reparable. Podemos pensar que un tratamiento psicoanalítico tiene lugar cuando un síntoma hace hablar al sujeto en el objeto. De lo que se trata, entonces, es de escuchar en el síntoma el desocultamiento de la verdad. Pasaje del ente al ser, del objeto al sujeto, de lo instrumental a lo verdadero, donde el fin de análisis aparece como un tiempo de ser (López, 2004). Desde aquí, podemos sostener que "la medida del ser humano y con ello también la medida de la salud psíquica es el habitar poéticamente sobre esta tierra. (...) La existencia poética, es decir humana, es la existencia abierta por excelencia" (Capurro, 2000: 1).

En el horizonte de la relación entre poesía y psicoanálisis, bien podemos preguntarnos: ¿existe alguna proximidad entre lo psicoanalítico y lo artesanal? Ambos aparecen como oficios que buscan cuidar, cultivar, curar; a partir del respeto, la esperanza y la confianza de que, como en el labrado, la siembra germine según la fuerza y

el tiempo de su propio crecimiento. Esta situación es radicalmente distinta de aquella asociada con la técnica industrial moderna, cuyo accionar implica no sólo imponer, provocar, exigir, explotar, utilizar o evaluar, sino también clasificar, manipular, intervenir, perfeccionar, automatizar y dominar. Llegado este punto, aclaremos que no se trata de repartir nostalgias por un mundo pretécnico, sino de sostener que el psicoanálisis requiere acoger lo técnico de un modo tal que pueda evitar ser avasallado por su mentalidad calculante. Porque, según hemos venido insistiendo, lo psicoanalítico no se define por parámetros técnicos instrumentales, sino por un modo de escuchar desocultante.

Toda vez que consideramos como peligro el olvido de la verdad en el instrumento, es necesario reconocer, a la vez, que justamente en el peligro crece la salvación. Esto resulta manifiesto en la forma en que el psicoanálisis conceptualiza lo sintomático. Para decirlo en forma directa: en el síntoma habita la verdad. O incluso: el síntoma es la verdad. Desde Freud en adelante, el síntoma no es sino un modo del desocultamiento.

CONCLUSIONES

A partir de estas reflexiones, podemos asumir que para el psicoanálisis el ser humano dista de ser algo así como un objeto manipulable: más bien, aparece como el guardián del desocultamiento, el que custodia la esencia de la verdad. Y cuando decimos 'verdad', apuntamos a aquella dimensión de lo humano que la técnica moderna oculta "al erigirse como único modo de develamiento" (Acevedo 71).

¿Qué actitud asume el psicoanalista, entonces, frente a la técnica y sus dispositivos? Para nosotros, una atención parejamente flotante como la sugerida por Freud (Freud, 1912) se vincula con una actitud de serenidad (Heidegger, 2002), es decir, una cierta predisposición al des-asimiento de la técnica y a la apertura al misterio de lo inconsciente; un talante ante las cosas que puede conducirnos hacia el develamiento de lo que hay de secreto en lo reprimido. La serenidad del analista facilita la apertura del paciente a la posibilidad de encontrar su propia verdad, su modo genuino de estar en el mundo, su propio modo de habitar. Serenidad que supone no dejarnos encadenar como esclavos a los aparatos psicotécnicos, a la mentalidad calculante o a

la lógica de la eficiencia y de la prisa; actitud que implica mantener una distancia prudente con el mundo de los instrumentos, en función de no afectar la libertad radical de la escucha.

A la técnica, le decimos: sí, pero no. "Podemos decir 'sí' al ineludible empleo de los objetos técnicos, y podemos al mismo tiempo decirle 'no', en cuanto le impidamos que nos acapare de modo exclusivo" (Acevedo 73). Se trata de usar la técnica sin dejar que la técnica nos use. "En efecto, en la serenidad "no vemos las cosas desde el solo aspecto técnico. Vemos con más claridad y notamos que la producción y utilización de las máquinas nos exigen una relación diferente con las cosas, relación que tampoco está desprovista de sentido" (Heidegger, 2002: 73).

En nuestra impresión, vale la pena que el psicoanálisis pueda pensar la pregunta por la técnica e interrogar su quehacer en función de la cuestión acerca de la verdad. Es necesario enfrentar el peligro de que "la cada vez mayor eficiencia del pensar calculativo coincida con la indiferencia completa hacia el pensar reflexivo, lo cual, en definitiva, sería una total ausencia de pensamiento" (Gómez, 2005: 1).

Asumir una actitud analítica de serenidad implica dejar de suponer "que de una tecnología nos llegue la verdad del sufrimiento de nuestro paciente, si nosotros disponemos de las técnicas de un arte del diálogo, de una *téchne* que, como tal, no es sino un modo de dar lugar al desocultar. Y que por lo que parece, sólo nos exige que volvamos una y otra vez a la pregunta por la técnica" (Díaz Romero, 1999: 1).

En definitiva, importa recuperar el sentido del preguntar, al menos, como un modo de cuestionar la disposición al verificar provocante propio de la técnica moderna y del actual proyecto de nuestra cultura occidental. Esto, si es que los psicoanalistas aspiramos a no perder el carácter creador de nuestra práctica en función de la imposición de una técnica instrumental y un pensamiento calculante.

NOTAS

¹ Para estos efectos, seguiremos de cerca la revisión que desarrolla el filósofo chileno Jorge Acevedo (1997b, 1999) respecto de algunos planteamientos de Martin Heidegger sobre el tema (1995, 1997b, 2001b, 2002).

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, J. Prólogo e introducción a "La pregunta por la técnica". *Filosofía, ciencia y técnica*, Heidegger, M. Santiago: Universitaria, 1997.
- . *Heidegger y la época técnica*. Santiago: Universitaria, 1999.
- CAPURRO, N. *Heidegger y la experiencia del lenguaje*. Disponible en: <http://www.capurro.de/boss.htm>. 2000.
- COLOMA, J. "El oficio en lo invisible". *Donald Winnicott en América Latina*. Sonia Abadi y José Outeiral (comps.). Buenos Aires: Lumen, 1999.
- DÍAZ ROMERO, R. *La pregunta por la técnica del psicoanálisis*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones, 1999.
- FREUD, S. *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. En *Obras Completas* (1996), tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1912.
- HEIDEGGER, M. *Seminario de Le Thor, 1969*. Córdoba: Alción Editora, 1995.
- . *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago: Universitaria, 1997.
- . *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2001.
- . *Serenidad*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2002.
- LÓPEZ, H. *Lo fundamental de Heidegger en Lacan*. Buenos Aires: Letra Viva, 2004.
- MARTÍN GÓMEZ, y M. GESTELL. *Ereignis, una aproximación al pensar meditativo de Martin Heidegger*. En www.psicomundo.com/foros/investigacion/gomez.htm. 2005.